

CRUZ DE TEJEDA

Y SU PARADOR



LOS PILARES DEL CIELO

*“Mi patria es una isla,
Mi patria es una roca,
Mi espíritu es isleño
Como los riscos donde vi la aurora”*

(NICOLÁS ESTÉVEZ)

De la Antigüedad mediterránea vinieron a atracar sus naves en la orilla canaria unos pocos valientes aventureros. Las fuertes corrientes arrastraban a los osados hacia aguas del Caribe, haciéndoles zozobrar en la travesía. Sabemos, sin embargo, de griegos, fenicios y romanos que hicieron pie en las islas. Uno de ellos fue el general Quinto Sertorio, a quien la mar trajo desde Lusitania, allá por el siglo I a.C. Otro romano, Plutarco, las bautizó "Islas Afortunadas". Son todavía las noticias de entonces vagas, vaporosas, exóticas. Es con la expedición de Juba, rey de Mauritania, que Plinio recoge en sus escritos, que las ínsulas cobran rasgos geográficos y culturales identificables: palmeras, pinos, hombres y mujeres que cultivan frutos, miel, nieve y niebla, templos, lagartos y perros, posible origen del nombre Canarias (del latín *canis-canis*, "llamada así por los perros de gran tamaño de los que fueron enviados dos a Juba").

En tanto navíos piratas y otros marinos de rapiña van aficionándose al robo en estas islas, de las que también esclavizan a los distraídos pastores, surge entre las brumas una nueva leyenda Atlántida, de labios del santo Brandán, un irlandés que jura haberse encontrado sobre una isla que se emerge y sumerge a su antojo, cuajada de paradisíacas maravillas naturales. Llevará desde entonces el nombre de San Borondón: isla ballena, ubicada generalmente al oeste de la Palma, El Hierro y La Gomera.

Riquezas reales e imaginarias atraen en los siglos previos a la conquista de América a genoveses, portugueses y castellanos. El saqueo del archipiélago se acelerará. Las ovejas canarias, robadas y vendidas, pastan a sus anchas por Europa. La situación se recrudece cuando el reino de Castilla acomete la anexión de Lanzarote, a principios del siglo XV. A Lanzarote siguen Fuerteventura, El Hierro y La Gomera, por las que Castilla rivaliza con Portugal hasta su renuncia final en el tratado de Alcaçovas, en 1479.

Un año antes, por orden de los Reyes Católicos, ha comenzado la conquista de Gran Canaria, en la que las tropas españolas tropiezan por vez primera con la fiera resistencia del pueblo canario. Tomadas La Palma y Gran Canaria, únicamente resiste Tenerife que se atrinchera en la que, desde entonces, será la Matanza de Acentejo. Piedras afiladas, lanzas, mazas son armas pobres que los guanches manejan con extremada habilidad, logrando, de hecho, rechazar al enemigo. Pero la recién nacida España es demasiado poderosa y el interés estratégico de las islas para la conquista de América demasiado importante. Cae Tenerife.

AGUA, AZÚCAR Y ESCLAVITUD

Cristóbal Colón hace escala en Gran Canaria y zarpa de La Gomera. El agua y los víveres que acompañan hasta las nuevas tierras al descubridor serán las primeras de una larga serie de mercancías que, a partir de entonces, recorrerán el Atlántico en ambas direcciones. El pueblo aborigen seguirá dedicado a su ganado y a sus campos pero no tardará en acusar los efectos de la colonización sobre la lengua y sobre su sistema económico. Hombres y mujeres de la península plantan ahora sus raíces en las islas. Como los pobladores prehistóricos de las islas, muchos de los recién llegados eligen las cumbres, pero ahora el territorio está administrado por la Corona. En Tejeda, los Reyes Católicos mandan repartir las aguas del manantial de la Mina que pasan a ser judicatura del cabildo y suministro de Las Palmas.

Junto a gallegos y extremeños, encargados de desarrollar la agricultura, habrá repobladores portugueses que sacarán mejor tajada. En las islas de realengo, al igual que los genoveses, patrocinadores de la conquista



americana, los emigrantes de Portugal acapararán los diversos oficios y dividendos derivados de la industria azucarera.

Se atribuye a Pedro de Vera, conquistador de Gran Canaria, la introducción de la caña de azúcar. Su cultivo, y explotación será el primero de una larga lista de especies extrañas que cambiará la fisonomía de la isla y el medio de subsistencia de sus isleños.

Cultivada en altitudes inferiores a 500 metros en todas las islas, incluida la ardua Gomera, la caña dio lugar a un próspero mercado de exportación. Hay constancia ya de azúcar canario en Amberes, en 1508. A mediados del siglo XVI, Thomas Nichols, factor inglés, acredita el funcionamiento, sólo en Gran Canaria, de 12 ingenios, en los que trabajan esclavos negros.

A su vez, una buena parte de la población aborigen isleña conquistada embarcó rumbo a la península, donde trabajó sirviendo a señores en Levante, y sobre todo en Sevilla, capital comercial del tráfico de esclavos. La presencia de esclavos negros en Canarias y en la península, tanto más demandada cuando la corona de Castilla y Aragón incorpora a sus territorios las vírgenes Américas, comenzó a adquirir importancia, unas

pocas décadas antes, concretamente, a partir de 1452, en que Diego García de Herrera y su consorte heredaron el señorío de las Canarias. Bajo su dirección, las cabalgadas en la Berbería de Poniente fueron continuas. A semejanza de los asaltos piratas, de aquellos saqueos a caballo se obtenían valiosas mercancías: oro, marfil, plumas de avestruz y mano de obra esclava. Algunos de aquellos esclavos africanos negros, que luego se mezclarían con la población isleña, procedían de Sudán. No fueron, obviamente, capturados por los asaltantes canarios, que se limitaban a tomar, por sorpresa, pequeñas e indefensas poblaciones costeras, sino el pago que dichas poblaciones efectuaban como rescate a cambio de los rehenes que los católicos habían tomado en sus cabalgadas. Aquella temprana actividad corsaria sirvió como modelo a la piratería inglesa que tantos estragos causó, en los años siguientes, en las costas del continente europeo, africano y también en Canarias.

Buen ejemplo de ello fue el fracasado intento llevado a cabo por Francis Drake, ya en el siglo XVI, quien con 27 naves pretendió desembarcar en la playa de Santa Catalina. El asedio fue breve pero de una gran fiereza. Los hombres de Pamochamoso lograron rechazar a los piratas gracias en gran medida a la eficacia defensiva de los castillos de Santa Ana y de la Luz que, tras la batalla, quedaron casi en ruinas. Drake tomó buena nota y repitió el asalto con 73 navíos de los que desembarcaron 9.000 hombres. Aunque los invasores fueron finalmente expulsados en La Gomera, Gran Canaria fue arrasada por el fuego que redujo a ceniza los campos, las cosechas, los graneros, las ermitas y los pueblos.

CAMINO A LAS ÍNDIAS

Pero el interés de la piratería inglesa y holandesa no era, naturalmente, el del cereal o del ganado de las islas, sino las grandes riquezas, rutilantes y fáciles de transportar, provenientes de América. Desde que Colón emprendiera su primera incursión, Las Canarias habían sido lugar de acopio de las más diversas mercancías así como parada, fonda y depósito de las cargas traídas allende los mares. El efecto de la conquista fue, por tanto, sobre las islas, mucho más notorio que sobre la península, afectando no sólo a su economía y organización social, sino a la constitución misma de su identidad como pueblo y a la conciencia de sí en el nuevo horizonte geográfico.

Los campos cambiaron sus modos y tipos de cultivos. La producción de toda la mercancía se multiplicó a la escala que el comercio ultramarino demandaba. Las centenarias materias primas empleadas en aperos, cerámicas, indumentaria y todo el aparejo cultural de la civilización guanche fueron relegadas y reemplazadas paulatinamente por aquella otra diversa mercancía comercialmente más beneficiosa, procedente tanto del Nuevo como del Viejo Mundo. Por supuesto, también zarparon de Canarias productos autóctonos destinados a transformar y cultivar las nuevas españas de América. Es el caso del plátano, procedente, según el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, de la orden seráfica del barrio de Triana de Las Palmas de Gran Canaria. Así mismo, fletaron hacia las Indias "*cierto número de vecinos de Gran Canarias con sus mujeres*" que Lope de Sosa llevó entre sus huestes en 1519.

Las necesidades de las colonias transatlánticas son, sin embargo, tan perentorias y vastas que los propios reyes alzan la mano sobre la legislación del Consejo de Indias que limitaba a los frutos de la tierra los objetos de tráfico, autorizando el envío de cualquier artículo. Miel, zapatos, vinagre, conservas, pieles y, seguidamente, azafrán, pez, paños de narices, camisas de ruan, escopetas, fruteros...

Corrido el tiempo la situación se invierte, América deja de importar y comienza a exportar productos que, durante siglos, habían sido monopolio canario, como el aguardiente. Además, la población isleña ha crecido enormemente. Vienen la peste, los piratas turcos, la sequía y más tarde la furia volcánica. El archipiélago queda diezmado. Una gran parte de la población canaria no tiene otra salida que la emigración. En América todavía necesitan repobladores.

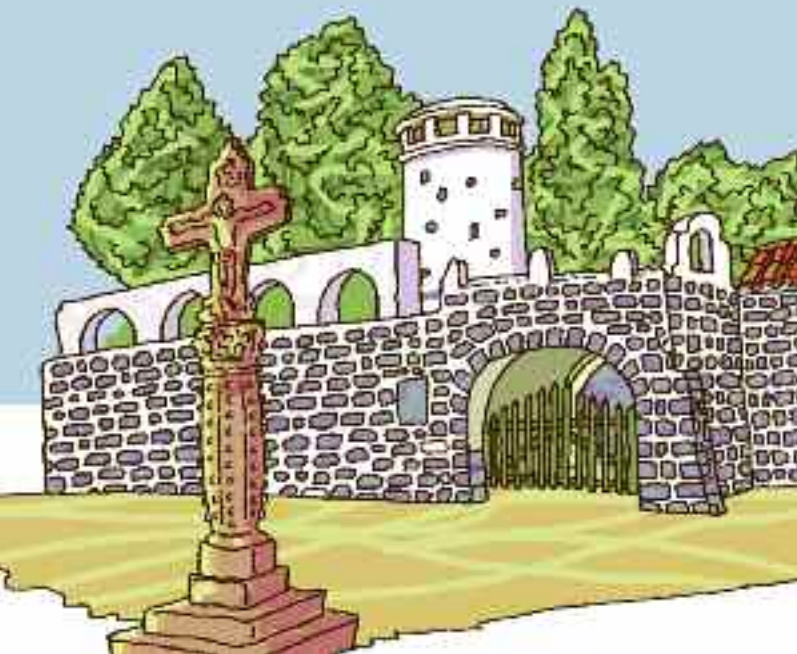
Cruzar el charco como única salida a la miseria, será, en adelante, una perspectiva que el canario sostendrá en su ideario como una fatalidad acechante, como tan hondamente refleja el poema de Pedro Lezcano Montalvo:

*“Ya tengo preparada la maleta,
una maleta grande, de madera;
la que mi abuelo se llevó a La Habana,
mi padre a Venezuela.
La tengo preparada: cuatro fotos,
una escudilla blanca, una batea,
Un libro de Galdós y una camisa
casi nueva.
La tengo ya cerrada y rodeándola
un hilo de pitera.”*

La discreta emigración, preferentemente, a Santo Domingo y Cuba, registrada en el siglo XVI, se dispara en la segunda mitad del siglo XVII. Venezuela se convierte entonces en el lugar de acogida preferido por los emigrantes canarios que se dedican al cultivo del cacao. Otras partidas humanas, a finales de siglo, aplicadas al cultivo de tabaco y a la maloja, fundan Matanzas en Cuba. El remonte económico de las islas, en particular de Gran Canaria, viene de la patata, el *milló* (maíz) y el tomate, los nuevos cultivos americanos que en esa fecha empezaron a dominar los campos, las huertas y a configurar la que será la idiosincrasia gastronómica de las Canarias que hoy conocemos. El mismo espíritu agudo y emprendedor asiste a los habitantes de Lanzarote, donde se les ocurre ponerse a labrar las tierras volcánicas más jóvenes.

A Tejeda, empujados por la crisis de la caña de azúcar y los otros cultivos costeros, suben familias enteras. La población aumenta de tal manera que el cabildo no tiene más remedio que ceder tierras propias para que sean roturadas y sembradas. La concesión, a perpetuidad, de las 357 fanegadas de tierra repartidas por lotes, será muy pronto insuficiente. La población está hambrienta. Por si no fuera bastante, el mal tiempo echa a perder varias cosechas seguidas. Todo ello provoca el motín de 1777, fecha en que, por orden del corregidor, el alcalde de Tejeda es detenido acusado de desacato por no cumplir la orden de recuperar las tierras de realengo

robadas por los vecinos para cultivarlas. El pueblo entero, instigado por el sacristán, respalda a su alcalde, se alza en armas y desfila hasta la costa exigiendo su liberación. Viendo peligrar su vida, el corregidor promete interrumpir las diligencias contra los usurpadores. Así sucede. El vino, el gofio y el tabaco corre entre los rebeldes para celebrarlo.



VISTA GORDA AL CONTRABANDO

El tráfico y comercio isleño comienza a regularse a partir de 1564, en que la Casa de la Contratación establece jueces de registro que se encargan, tanto de los enclaves, como de la optimización de los cargamentos, así como de la exportación de los excedentes producidos en el archipiélago. La medida, imprescindible para mantener el archipiélago bajo el riguroso control peninsular es, en buena parte, impulsada por los mercados andaluces, con su capital en Sevilla, que ostentaba el monopolio comercial de las Indias. Pero como es imposible poner puertas al campo ni guardabarreras al mar, lo que la regulación merma en autonomía comercial a los puertos canarios, se lo toman por sus propias manos los contrabandistas. Las aguas del archipiélago son un hervidero desde el día que la Casa de la Contratación, en 1532, autoriza la circulación de pequeños navíos, con capacidad de carga inferiores a 80 toneladas.

Son tiempos de gran prosperidad para todas las islas. Los astilleros, con una considerable plantilla de carpinteros, trabajan sin cesar reparando y fabricando embarcaciones. Gente de la más diversa condición, ajenos al oficio mercante, invierten en la fabricación de barcos. La ligereza de tales navíos facilita la entrada ilegal de mercancías valiosas: oro, plata y maderas para tinter y tallar (como el Palo Brasil), con las que, algunas veces, se compran esclavos en Cabo Verde, Santo Tomé o Ríos de Guinea.



TEJEDA Y LAS ROCAS SAGRADAS

A partir de la consecución de los puertos francos en 1852, el Puerto de La Luz, en Gran Canaria, obtiene un verdadero reflote que atrae a su capital a empresarios que hacen aquí sus fortunas. Los beneficios que la moderna infraestructura portuaria aporta a la ciudad repercuten sobre el resto del archipiélago. A finales del siglo XIX la navegación a vapor, entonces en auge, impone a los mercantes escalas para repostar. El Puerto de La Luz, en el cruce de las rutas comerciales, sabe sacar partido de su situación. Los británicos, buenos conocedores de las islas desde siglos atrás, aprovechan también las nuevas infraestructuras portuarias canarias, tomando, a partir de entonces, las islas como base intermedia para sus incursiones sobre África. Su presencia en las islas alcanza densidad de colonia. Construyen clubes, bibliotecas, hospitales y difunden su cultura. Son los protagonistas de “*Smoking Room*”, obra emblemática del modernismo canario que escribiera Alonso Quesada. Aquellas inglesas de porcelana, aquellos ingleses engangrenados por el sol, incondicionales del té y los bailes tan “*severos que parecen de oficina*”, fueron, además,



quienes atrajeron el turismo internacional, gracias, en buena medida, a la publicación de libros pintorescos y guías sobre el archipiélago. También los campos acusarían la impronta británica: fueron ingleses quienes impulsaron el cultivo del plátano hasta convertirlo en el monocultivo del siglo XX.

Tejeda, que había perdido su salida al mar a principios del siglo XIX, quedándose privada de una parte sustantiva de su territorio, en nada se beneficia, sin embargo, del desarrollo puertofranquista costero. Por el contrario son tiempos difíciles para el municipio que subsiste gracias a la escasa agricultura y a la venta de frutas, quesos y cuero a Las Palmas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el avance que las construcciones de presas y carreteras supone para toda la isla, lentamente va sintiéndose también en el municipio.

En el centro de la isla, donde el Parador se encuentra, el cuño de la erosión volcánica es muy acusado. Simas y barrancos cortan las laderas dictando las revueltas de los caminos, el trazado sinuoso de las carreteras y el arremolinar de los pequeños pueblos. Desde estas alturas se divisa el **Teide** vecino, la mayor cumbre de España, los mares de nubes que los alisios modelan, el **Roque Nublo**, el gran monolito de piedra al que todo el que por aquí viene de turismo termina acercándose. Y el cielo, al fin, espejo y compañero de los isleños al que desde sus orígenes orientaron sus mensajes cifrados en piedras petroglifas.

El Parador Cruz de Tejeda fue edificado en 1937 como albergue, e inaugurado por uno de los hombres de confianza del Generalísimo, Carrero Blanco. La arquitectura del edificio no ha modificado sustancialmente su aspecto exterior desde entonces. Como advierte cualquiera que hasta allí se encumbre, toma el hospedaje su nombre de la enorme cruz de piedra plantada en el lugar, desde antiguo, señalando el centro de la isla.

Antes de decidir el rumbo de la excursión conozca el viajero lo que el hermoso pueblo de Tejeda le ofrece y algunas de las singularidades de sus inmediaciones. El Parador se encuentra a 35km. de Gran Canaria y 9km. de Tejeda. Juncales, aguas latentes, cuevas, lagunetas, chorrillos, riscos y carrizales rodean el lugar como avalan los topónimos que dan nombre a las localidades más próximas. De camino a Tejeda uno advierte la importancia del medio natural sobre la cultura y la supervivencia del pueblo canario. Pastores, campesinos, arrieros, cesteros y carboneros sacaron provecho de los recursos naturales, sin estragos notables, hasta mediado el siglo XX.

Los pinares que vemos, no obstante, proceden de las diversas repoblaciones efectuadas tras la conquista. La industria naval de entonces precisaba tanto del maderamen como de la pez para calafatear los navíos, y todo ello salía, en su mayoría, del pinar autóctono. De aquéllo quedan, junto a la **Presa de los Hornos**, al sur del municipio, los llamados **Llanos de la Pez**, ahora, de nuevo pinar y uno de los destinos turísticos mejor dotados de la isla, muy concurrido los fines de semana por isleños que hasta allí acuden a acampar y a preparar sus barbacoas.

El almendro, que atrae cada florecer a miles de canarios a Tejeda, es también aportación humana y no natural de esta tierra, que, por lo demás, ha acogido muy cortésmente al árbol entre su flora autóctona. Ya lo dijo el poeta: “*Mi patria es de un almendro la dulce, fresca, inolvidable sombra.*” La almendra destinada a la alimentación y la almendra amarga, de uso cosmético, dieron de comer a todo el municipio gracias a los puestos de trabajo generados a partir de su industria, a principios del siglo XX.

A ras de monte, conforme nos acercamos al pueblo, divulgan los matorrales su predicamento de perfumes ancestrales. Son matojos redondeados, de poca talla, de color verde esmeralda y amarillo. Ya en el pueblo de Tejeda puede profundizarse en la importancia de las tradiciones medicinales de las plantas, en el **Centro de Interpretación**. Allí, el forastero, va de un jardín a otro, conoce los efectos benefactores de las especies y se embriaga de aromas. El conjunto, fruto del empeño de un antropólogo y la autoridad municipal, quiere concienciar, deleitando, de la fuerza sanadora de la flora autóctona.



Puede, incluso, tomar el visitante alguna infusión. La **Verbena**, que salen los enamorados las mañanas de San Juan a coger, el **Granadillo**, la **Flor de las Cruces**, serán, al terminar la visita, criaturas admirables por sus propiedades balsámicas para soldar heridas o mitigar dolores. El museo se encuentra en C/ Párroco Rodríguez Vega, nº 10.

Por sorprendente que pudiera parecer, teniendo en cuenta que en la localidad no hay censados más allá de 2.500 habitantes, dispone Tejeda de un par más de museos verdaderamente sugerentes, uno que se ocupa de las tradiciones y otro de un artista memorable de la localidad. Es preferible abordar primero la visita del **museo de Esculturas de Abraham Cárdenas**, sito en la calle Leocadio Cabrera s/n, pues allí, además de las obras del artista, nacido en el pueblo en 1907, tiene el municipio una Oficina de Turismo, en base a cuya información podrá el viajero planificar sus excursiones como es debido.

Ya orientado en el lugar, no es difícil dar con el par de edificios indispensables de la localidad: su **iglesia** y su **museo de las Tradiciones**. La visita del museo, ubicado en una casa tradicional recientemente reconstruida por un taller de cantería, es el mejor modo de conocer de cerca la historia de Tejeda. Tradición y tecnología se combinan para recrear la historia de estas tierras y sus gentes. Junto a una antigua **Tienda de Aceite**, y otras salas dedicadas a los oficios rurales, destacan otras interactivas y una estancia dedicada a audiovisuales ubicada en el primitivo pajar.

En cuanto a la **parroquia Nuestra Señora del Socorro**, habría mucho que contar ya que hay noticias de ella desde 1536. El templo que hoy vemos es, sin embargo, de 1930 (las llamas y otras inclemencias arrasaron los templos que previamente ostentaron el título parroquial). La iglesia que el forastero contempla posee el mérito de haber sido levantada por sus vecinos con sus propias manos. Arrieros que transportaron la piedra, albañiles que alzaron los muros y los carpinteros que labraron las puertas...

En su interior hay iconos soberbios como el de la Virgen titular, tallada por un palmero, a semejanza de la primitiva imagen que el incendio devoró y, por su antigüedad, el del Cristo de la Sangre, del siglo XVII, que sobrevivió a las llamas y fue hallado entre las ruinas de una de las naves.

Y ya es hora de subirse al **Roque Nublo**. Como habrán informado al viajero en la Oficina de Turismo, hay varias alternativas para acceder hasta él. Su ascenso a pie es abordable, ya que existe un camino empedrado que conduce hasta las mismas **Cuevas del Rey**.

Respecto al Roque, al forastero le interesará saber que se trata de una roca basáltica de 70 metros de altura, surgida durante el Pleistoceno. Allá arriba hay otras formas monolíticas de singular aspecto, todas con su nombre y su leyenda. El **Roque Bentayga** acapara la mayor riqueza arqueológica con las llamadas Cuevas del Rey, en sus inmediaciones; un poblado aborigen con grutas de habitación, graneros, pinturas rupestres y enterramientos. Esta singular formación rocosa guarda en su base el mayor de los enigmas: el **Almogarén**, un cuadrado excavado en la roca, con canales que, durante mucho tiempo, y aún hoy, es considerado por algunos arqueólogos, lugar de sacrificios. Otras opiniones consideran probado, por el contrario, que en el lugar no se practicaba otro rito sino el de vivir. Según estas probables hipótesis los enigmáticos socavamientos de la piedra responderían a las obras de reforma y ampliación de las estructuras habitacionales, dando como resultado la yuxtaposición diacrónica de dos suelos con canales de desagüe.

No falta quien cree que el lugar tenía como fin la predicción y visión de los equinoccios y otros fenómenos solares y lunares relacionados con el calendario aborigen.

Al noreste del Roque Nublo realiza sus oraciones **El Fraile**, otro gran fantasma de piedra. La naturaleza más próxima posee en su patrimonio otros parajes que reclaman su visita, lugares donde la piedra cede el protagonismo a la flora, como los **pinos de Inagua**, **Ojeda**, y, algo más allá, el de **los Pechos**.

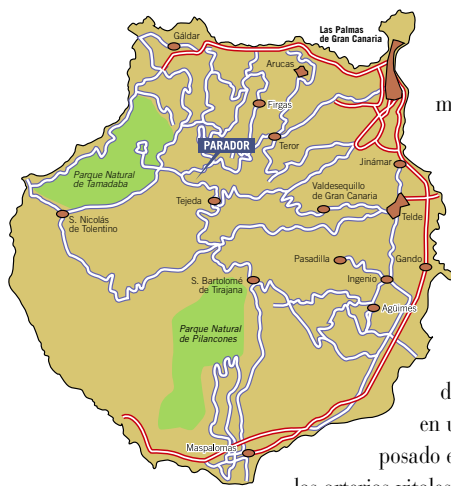
EN LA COSTA

A l sur: una excelente alternativa para quienes saben disfrutar de la playa y algo más es dirigirse al sur por la carretera GC60 hasta la **playa de Maspalomas**, con fama de ser la mejor de la isla. La playa se encuentra en el litoral de la **Reserva Natural de las Dunas de Maspalomas**, un paraje de arenas, agua y palmeras verdaderamente sobrecogedor.

La Reserva esta dividida en distintas zonas, unas de uso restringido, en las que se protege la superficie de calidad biológica más frágil, y que compone un paisaje de dunas fijas y móviles, y otras zonas, de uso general, que soportan la afluencia de los visitantes. Este área cuenta con las infraestructuras necesarias para ello, aparcamientos, etc. La Reserva dispone, además, para uso y disfrute de sus visitantes, de itinerarios guiados, desde el **Centro de Interpretación**, que recorren y explican la evolución de las dunas. Uno de ellos llega hasta el **Parque Tony Gallardo**, (realizado según proyecto del escultor que le da nombre). Más información en el teléfono de centralita del Cabildo: 928-219-421. Para contratar visitas guiadas gratuitas: 928-765-242.

■ Al Norte: Las Palmas de Gran Canaria

La capital de la isla con la hermosa **playa de Las Canteras**, de arenas doradas y aguas turquesa remansadas por un arrecife, posee arquitectura,



museos y ambiente urbanita para una visita de varios días. Entre sus mayores atractivos no debe dejarse de ver:

-Castillo de la Luz, principal defensa de la ciudad durante los siglos de piratería, inscrito ahora en un jardín con rosaleda y posado en los nacimientos de dos de las arterias vitales de la metrópoli: la avenida Marítima y la calle de León y Castillo.

-Casco Viejo: Encerrado hasta el siglo pasado entre las murallas que lo protegían, el antiguo **barrio Vigueta-Triana** conserva añejas plazas, emblemáticos edificios, callejas y palmerales que explican mejor que nadie la historia atravesada por la ciudad. Lo más práctico es iniciar el recorrido por la **plaza de Santa Ana** donde se encuentran las casas consistoriales, La **catedral** con su **patio de los Naranjos** y el **palacio del Obispo**, sin olvidar el **palacio Regental**.

-Museo Colón: El museo más jugoso de la ciudad, tanto por su continente –un blasonado edificio lleno de patios y techos artesonados–, como por las colecciones que alberga y que, además de testimoniar el paso del descubridor por la ciudad, y exhibir pinturas, objetos y documentos relacionados con el Descubrimiento, impulsa la investigación de la historia de la isla y su relación con el continente americano.

El museo organiza la visita en áreas temáticas que arrancan en la América Precolombina, cruzan los tiempos de Colón y culminan en la Isla de Gran Canaria, cuya evolución urbana se explica a través de maquetas.

SABROSA CUMBRE ÍSLEÑA

Toda Canarias es un saber cocinar, un amor secular por las materias primas, un alegato a la sabrosura y una alegría sencilla, tanto en el guisar como en el comer. Tejeda aporta a la forma de hacer canaria su singularidad geográfica de cumbre y la sapiencia de sus gentes que tomaron la tierra por el mango en épocas de hambruna.

El que viene hasta Tejeda debe probar su **Carne de Cochino**, sus **Pucheros de Garbanzos**, su **Queso Artesano**, la fruta que sea (del **Plátano** a la **Pera**, sin faltarle, a la **Cereza**), el **Vino** joven de su monte y, por bien comido que se esté, al cabo, el **Mazapán** y el **Bienmesabe**, alarde repostero de lo que aquí han logrado realizar con sus almendras.

Para más detalles, sepa el comensal que el **Puchero de Garbanzos con Chorizo** tiene además **Calabaza**, **Tomate**, **Batata**, **Patata**, **Pimienta Negra**, **Pimientos**, **Judías Verdes**, **Calabacín** y **Azafrán**. Que el **Queso** tiene en su **Leche de Cabra** tanta titularidad que ha llevado a la isla entera hasta la Capitalidad Mundial del Queso 2009. Y que el **Vino Tinto** y **Blanco**, jovial y afrutado siempre, es el resultado de casi cinco siglos de producción, elogiado por el mismo Shakespeare en varias de sus obras.

LA RECETA SECRETA

■ PAPAS ARRUGÁS Y MOJÁS

De todas las grandezas y hallazgos gastronómicos canarios, nos hemos de quitar el sombrero ante sus Papas Arrugás y ante su variedad

ilimitada de Mojos. Para elaborar las Papas Arrugás lo indispensable es la papa de allá y, a ser posible, no la variedad *King Edward*, sino alguna de las muchas variedades antiguas que los hortelanos han venido cultivando, para consumo propio, desde el Descubrimiento, por ejemplo alguno de los tipos de *papa negra*.



Ingredientes: 1kg. de papas. Sal gorda.

La preparación es sencilla: una vez elegidas las papas, parejas en tamaño para que cuezan por igual, lavadas y puestas en la cazuela con piel y abundante sal, se cuecen 25 minutos. Así de fácil. Antes de sacar hay que comprobar, eso sí, que están a punto, pinchándolas con el tenedor.

Para elaborar el **Mojo Verde**, que las acompaña, necesitamos: 4 dientes de ajo. Un par de pimientos verdes. Vinagre en una cantidad no inferior a tres cucharadas soperas. Aceite en igual cantidad (hay quien prefiere que sea de girasol). Pimienta Picon Verde, uno o dos pellizcos. Lo mismo de cominos molidos. Un manojo de Cilantro. Sal gorda.

Preparación:

Lo principal es que el cilantro esté fresco, que es lo que da carácter a este mojo. Lo echamos picado en el mortero, con los otros ingredientes (pimientos, cominos, pimienta y sal). Cuando está majado (a unos les gusta más fino que a otros) se va añadiendo el vinagre y el aceite, y ya está listo. Guardado en un frasco cerrado de vidrio, en la nevera, el mojo puede conservarse durante semanas. Además de dar vigor a las papas es perfecto aliado de los pescados.



PARADOR DE CRUZ DE TEJEDA

33550 Cruz de Tejeda. Gran Canaria
Tel.: 928 01 25 00 - Fax: 928 01 25 01
e-mail: cruztejeda@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es

TEXTOS: JUAN C. D'ATRI Y MIGUEL GARCÍA SÁNCHEZ. DIBUJOS: FERNANDO AZNAR